



# Espanoles fuera de España

## *Spaniards outside Spain*

■ Gregorio Marañón (†)\*

*Marañón publicó Españoles fuera de España en 1947. En esta obra incluyó tres ensayos: Influencia de Francia en la política española a través de los emigrados (sobre una conferencia del mismo título pronunciada en marzo de 1942 en la Escuela de Ciencias Políticas de París), El destierro de Garcilaso de la Vega y Luis Vives, su patria y su universo, cuya fecha de escritura no precisa, pero que debió ser alrededor de 1942.*

*Fiel a su máxima de que “todo libro debiera llevar un prólogo y una dedicatoria”, lo dedicó “A Ramón Pérez de Ayala, que está dentro de España, aunque esté fuera”. Cada uno de los 222 prólogos que escribió (tomo I de sus Obras Completas), tanto para sus textos como respuesta amable a la solicitud de sus autores, “han representado siempre un esfuerzo, un ensayo conseguido o malogrado, en torno del libro mismo, que muchas veces no es sobre el libro mismo”. Entre tantas piezas admirables, la Revista de Humanidades ha escogido este breve prólogo por ver en sus páginas algunas de las virtudes del autor: un ejemplo de excelente literatura, claridad narrativa, amor a su país y un toque optimista en el nostálgico recuerdo de su exilio en París.*

### I

Hace más de veinte siglos que un español desterrado en Córcega —siete años duró su exilio— exclamaba una tarde, suspirando, con la mirada tendida hacia Roma, la ciudad de sus triunfos, o acaso hacia la sierra risueña de Córdoba, donde corrió su niñez: *Carere patria intolerabile est!* (¡Qué sufrimiento intolerable es el vivir fuera de la patria!).

Este español era andaluz por la cuna, romano por la educación y, por el alma, hombre de todo el universo. Tenía de España la grave y digna —y a veces graciosa— actitud ante el dolor. Tenía de Roma el afán de saber, la elocuencia, el

---

\* La redacción agradece a Tom Burns las facilidades dadas para la publicación de este texto de Gregorio Marañón.

sentimiento de la jerarquía que da el pensar. De su calidad de ciudadano del mundo tenía la comprensión para las pasiones humanas, el sentido de la categoría efímera de la nacionalidad y aun del hogar, y, sobre todo, el presentimiento de un Dios eterno, infinitamente lejano de los ídolos, que tocaban a su fin.

## II

Este hombre había sido, en la capital del Imperio, cuanto se puede ser: porque sin tener en su mano las riendas del gobierno, los hilos invisibles de su influencia movían las manos de los que creían gobernar. Al pasar por las calles, le conocían el esclavo y el caballero. Sus escritos estaban en todos los rincones del vasto mundo romano; y, a veces, su autor sentía el orgullo egregio de ver frases y pensamientos suyos corriendo por el cauce del pueblo, hechos ya anónima eternidad. Conoció todos los placeres. Fue avaro y rico. Tuvo amigos con quienes departir en las tardes serenas y otros con quienes embriagarse en las noches de locura. Conoció el amor y ese complemento de su gloria que es el reojo de los que envidiaban su buena fortuna. Estaba, precisamente, desterrado por la acusación de adulterio con la hermana de su emperador. Y como entonces la frontera que separa el bien del mal no había sido trazada todavía por la mano de Cristo, podía, a pesar de todo, ser virtuoso y presentarse como ejemplo ante los ciudadanos de Roma.

Un día recibió la orden de partir. Apenas pudo recoger lo indispensable y se embarcó para la isla que hoy extasia a los viajeros, pero que entonces era una roca escarpada y desnuda, sin apenas recursos, de habitantes feroces, de selvática naturaleza y clima pésimo. Con palabras desoladas parecidas a éstas la describe el exiliado. Muchos siglos después fue todavía tierra de tormento para otros emigrados de España: los jesuitas expulsados por Carlos III, la mayoría de ellos admirables por su ciencia y por su patriotismo, gente de letras, que encontrarían un consuelo escuchando los suspiros del cordobés, audibles aún para los humanistas, a través del espacio y de los tiempos.

## III

Aquella tarde, junto al mar, estaba el español hundido en uno de esos pozos en que cae el ánimo del emigrado y de los que parece que no podrá salir, aunque luego salga siempre. «No se puede vivir lejos de la patria», murmuraba. Se tendió en la playa y cerró los ojos para tratar de soñar. Con los ojos del alma miró hacia atrás y vio el mundo de los bienes perdidos y la silueta insopportable de los que, aprovechándose de su ruina, triunfaban en Roma. Miró hacia el

porvenir y se vio olvidado de los suyos, acomodados ya a esa muerte anticipada que parece el exilio. Se miró a sí mismo y tuvo la impresión terrible que se tiene en la prisión y en el destierro de «verse vivir».

Lleno de angustia, abrió los párpados y se encontró frente a frente con el cielo azul. Gide ha dicho que el cielo de Córcega es más azul y más profundo que el de parte alguna de la tierra. Al español desterrado, aquella tarde, también se lo debió parecer. Sus ojos atravesaron el azul infinito, surcado por los ampos intactos de las nubes, y vieron, detrás, el mundo insondable de los astros y de las almas hechas, como los astros, de eternidad. Estuvo así, inmóvil, hasta que llegó la noche y los pescadores bajaron a la playa para hacerse a la mar bajo la luna.

Entonces se alzó y con paso alegre volvió a su casa. Una serenidad infinita le transía. Los muebles sucintos, los rincones testigos de su nostalgia, se le aparecieron ahora, de súbito, unidos de entrañable y grata intimidad. Y como si una voz que nadie oía le dictase en silencio, escribió, sin pausa, una larga carta a su madre.

#### IV

Esta epístola no sólo sirvió de consuelo a Evia, la madre, sino, después, a través de los tiempos inexorablemente iguales, a cuantos han sufrido la lejanía de la patria. Por eso la recuerdo ahora.

¿A qué atormentarnos por la ausencia de la tierra vernácula, si toda la tierra es patria para el varón digno de este nombre; y éste, en cualquier parte de ella, se sentirá por igual desterrado del mundo, que empieza tras la bóveda azul? Si el fin nuestro está en la lejanía invisible, ¿qué nos importa descansar donde nacimos o en otra parte de la tierra? «Desde cualquiera de ellas la distancia que nos separa del cielo es siempre la misma.» El alma emana del sople divino y flota ingrávida, en perpetua peregrinación, como el vilano en el estío, aspirada por la eternidad. «Los que nos arrojan de la Patria, ¿son menos desterrados que nosotros?».

El exiliado sufre pensando en los que se quedaron y en los que ya volvieron; pero ¿sabemos si ellos están seguros de no estar, más que nosotros, exiliados? La vida es un destierro universal. Lo he perdido todo, me dirás tú, o aquél, o el otro, desterrados como yo; pero todo eso que hemos perdido, todo eso, sin lo cual creíamos que no podríamos vivir, ahora vemos que no era nada. Y el haber aprendido esta verdad, ¿no vale la pena del dolor que nos ha costado saberla? La patria no son los hombres que la pueblan ni los vanos afanes de cada día, sino la unión del pasado y del futuro que se hace en cada hombre vivo, y, por lo tanto, en ti y en mí; la tradición y la esperanza que se funden en la breve inquietud de nuestra existencia mortal. Esto es la patria y no lo que quiere la violencia del destino, que se disfraza de tiranía; y eso, que es, en verdad, la patria, ¿quién nos lo puede quitar, estemos donde estemos?

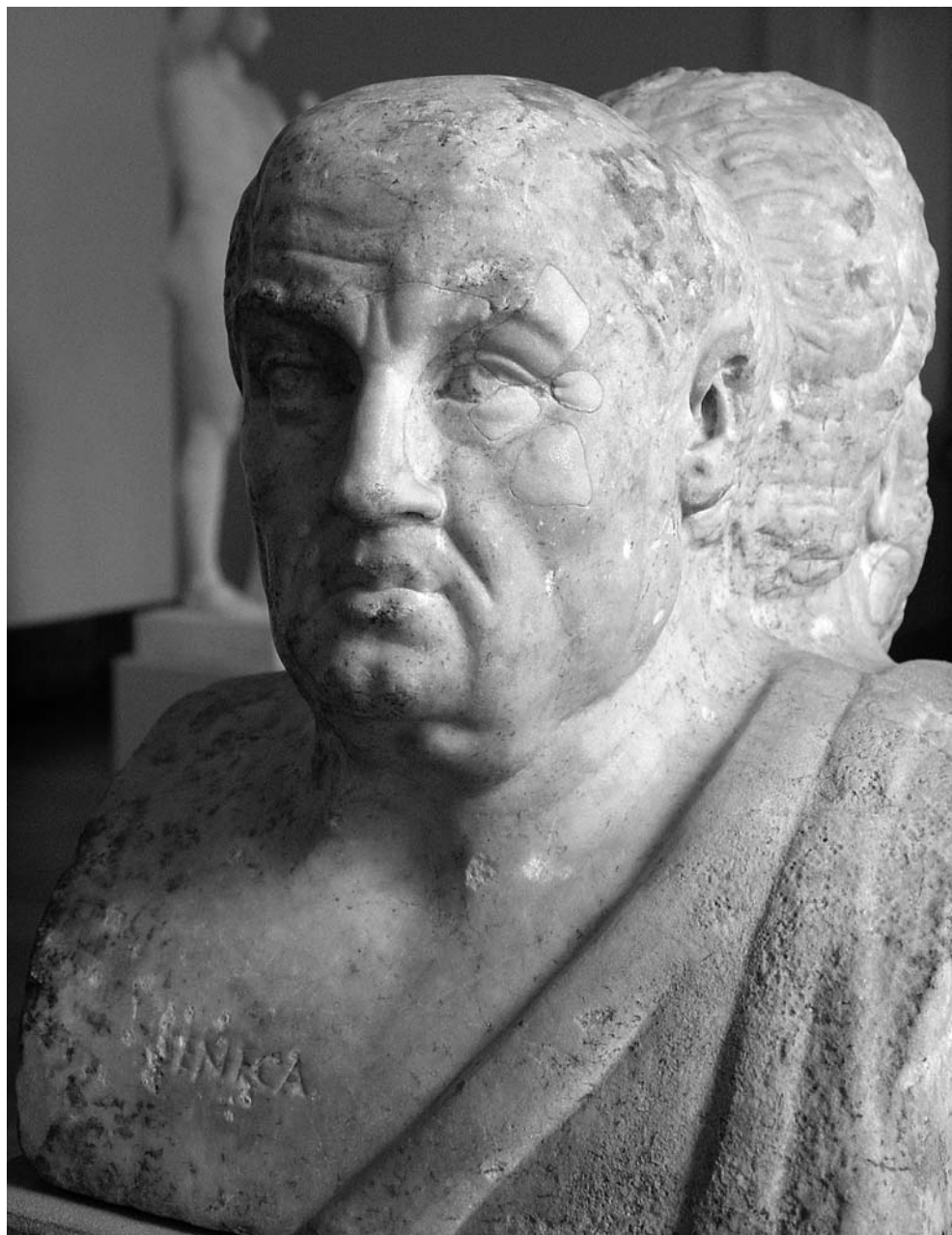


Figura 1. Busto de Lucio Anneo Séneca (Córdoba 4 a.C-Roma, 65 d.C) expuesto en el *Antikensammlung* de Berlín (©Calidius).

Pregunta en cada pueblo de la tierra de dónde son los hombres que trabajan o se divierten, que meditan sus empresas de amor, de poder o de maldad. Muchos han nacido allí. Pero otros muchos han venido de patrias lejanas, arrojados por la codicia, por la curiosidad, por el temor o por esa inquietud que impulsa a tantas almas a cambiar de asiento sin saber por qué. Todos son desterrados. De los mismos nativos, ¡cuántos hay que se sienten presos en su propia patria, y cuántos, esto es lo peor, desterrados de sí mismos! Tal vez arguyas que, aun siendo así, por lo menos tienen su libertad. Pero piénsalo bien, ¿no serás tú, ahora sin responsabilidades, desgajado de la lucha humana, reducido a la vida elemental, solo contigo; no serás más libre que nunca y más libre que ellos?

Además, el destierro acaba siempre. Si morimos en él se anticipa nuestra liberación. Si no, volveremos a nuestra patria, y acaso el recuerdo de estas horas sea nueva nostalgia para nosotros, nostalgia más profunda que la que ahora parece que nos quiere ahogar. Acaso sea después cuando en verdad nos creamos desterrados.

Otros hombres más fuertes te han arrojado de tu patria. Pero ¿qué dirán de ellos y de ti los hombres de mañana? ¿Están seguros de ser ellos los que tengan razón mañana mismo? Porque la historia no la hacen sólo los que creen hacerla, sino también los que la cuentan; y la voz del perseguido, si sabe tener la razón que la persecución da hasta al que no tiene razón, esa voz es, a la larga, la que más alto suena.

## V

Séneca, que era el desterrado, ha enseñado la patética lección a muchas generaciones de españoles que, como él, tuvieron que salir de la patria. No hay un rincón del mundo donde no hayan vivido españoles que se volvían con los ojos turbios de nostalgia hacia la Península, remota y prohibida.

Francia, Portugal, Italia e Inglaterra, las tierras calientes de África, los árticos países silenciosos, la fecunda América, las islas perdidas en todos los mares, han sustentado la tragedia del español exiliado y le han visto luchar, conformarse y esperar con el mismo gesto, sobrio y elegante, de buen lidiador de la vida en una tarde difícil, del maestro cordobés.

Uno de estos españoles eres tú, ahora —el ahora de hoy o el de dentro de cien años—; tú, poeta o labrador, hombre de ciencia o soldado, de Castilla, de Cataluña, de Andalucía, de Galicia, de las tierras vascas, de cualquier pueblo, de cualquier sierra de la grande, sufrida e inmortal Península.

Como Séneca, tú también piensas que es triste vivir expatriado; pero sabes encontrar, como él, el gesto ascético y el garbo para seguir adelante.



Figura 2. Busto de Juan Luis Vives (Valencia, 1492 - Brujas, 1542) en Brujas. Marañón escribió con admiración en varias ocasiones sobre el gran pensador y pedagogo (©Marc Ryckaert).